

LA CONVERSACIÓN DE ADOLFO HITLER

I

Acompañante: ¡Cuidado! Nos salimos de la curva.

(se oye un estruendo lejano seguido de una llamarada)

Fray Juan: Hermanos, mirad allá lejos esa humareda. Acerquémonos para ver qué ha sucedido.

Fray Santiago: Aquí hay un hombre herido y otros dos están muertos. Corred rápido al monasterio, traed el carro grande. Yo me quedaré para limpiarle la sangre con mi hábito.

(pasa media hora y dos monjes aparecen con el carro)

Fray Juan: Subámoslo en el carro. Tú, Santiago, tómallo por el brazo izquierdo y tú, Pedro, tómallo por el derecho. Yo le sostendré las piernas. Vamos, tirad fuerte.

(en la celda el herido abre lentamente los ojos y recobra el sentido)

Fray Pedro: No os mováis, señor. Habéis tenido un accidente y os hemos traído aquí a nuestro monasterio. Decidme: ¿cómo os llamáis?

(pasan unos segundos; el herido titubea)

Herido: Me llamo ... No, no lo sé.

Fray Pedro: ¿Y sabéis de dónde venís? ¿A dónde ibais?

Herido: No lo sé.

Fray Pedro: Dormid, descansad ahora. Estáis aturdido por el golpe. Mañana recordaréis todo.

(Se abre la puerta y entra Fray Santiago con una bandeja)

Fray Santiago: Buenos días. ¿Cómo habéis dormido? Aquí os traigo para que desayunéis algo. Tenéis que recuperar las fuerzas. Perdonad si la comida es frugal: un poco de pan, una taza de leche y una fruta. Nuestro fundador decía que necesitaba poco para vivir y de ese poco muy poco.

Herido: Gracias, en verdad tenía hambre. ¿Cómo puedo pagaros?

Fray Santiago: No os hace falta. Nuestro Señor dijo: “dad de comer al hambriento”. ¿Podéis decirnos algún familiar vuestro que pueda venir a recogeros?

Herido: No puedo decir ninguno.

Fray Santiago: ¿Sois huérfano? ¿No tenéis hermanos, amigos, alguien? ¿Estáis sólo en el mundo?

Herido: No recuerdo nada.

Fray Santiago: Dios os traerá la memoria. Yo rezo por ello. ¡Quién sabe si Dios os ha traído a este monasterio alejado de cualquier alma con algún designio oculto! Pero basta ya de teologías. Usted necesita nuevas ropas. Las suyas están destrozadas. Siento que aquí no tenemos vestidos del mundo. Éste hábito de su talla servirá mientras usted esté con nosotros.

Herido: ¿Y a dónde puedo ir? ¿Quién me espera?

II

(Han pasado ya dos semanas del accidente)

Fray Pedro: Os veo ya bastante recuperado. El alimento y el sosiego os han dado nuevas fuerzas. ¿Queréis dar un breve paseo por la montaña? El aire fresco os sentará bien. Las cimas son los altares más hermosos que ha levantado el Señor y la naturaleza el más bello de sus templos. El pobre claustro nuestro es tan sólo obra de los hombres, una sombra del Altísimo. ¿Sois cristiano?

Herido: ¿Qué es ser cristiano?

Fray Pedro: ¡Por Dios! Vuestra memoria ha perdido incluso las primeras verdades de la religión. Dios se ha ocultado en vuestro espíritu tras una nube y en el momento adecuado resucitará del olvido. Pues sepáis que ser cristiano es ser discípulo de Cristo y Cristo es ese hombre crucificado en la cruz que podéis ver en la iglesia.

Herido: ¿Y por qué está colgado en la cruz? ¿Cuál es su delito? ¿A quién ha matado?

Fray Pedro: A ninguno. Pero él murió para darnos vida a todos.

Herido: No entiendo lo que decís.

Fray Pedro: Espera aquí un momento.

(al cabo de cinco minutos el monje regresa con un pequeño libro)

Herido: ¿Qué me dais?

Fray Pedro: Aquí está todo lo que necesitáis saber. Estos cuatro libros se llaman evangelios y cuentan la vida de aquel a quien nosotros tenemos como Señor. Toma, léelos, y que su luz guíe tu entendimiento.

(En la mañana siguiente)

Fray Juan: Veo que tenéis los evangelios en la cabecera de la cama. ¿Os han abierto el alma? ¿Qué pensáis de nuestra fe?

Herido: No sé todavía qué deciros. Aquel hombre fue singular, admirable y aún es más admirable que los milagros el hecho de que renuncie a usar su poder en beneficio de sí mismo. ¡Qué fácil le habría sido convertirse en rey! Pero huye cuando la muchedumbre quiere entregarle su corona. A decir verdad, su reino no era de este mundo.

Fray Juan: Sí, pero somos muchos los siervos que le seguimos hacia la casa del Padre. Al final de los tiempos Cristo vendrá nuevamente para juzgar a vivos y a muertos. En aquel día los benditos serán salvados, irán a

la derecha del Padre, mientras que los malditos serán condenados y serán arrojados al infierno eternamente.

Herido: ¿Algo así como un Tribunal? Y las cadenas perpetuas ¿no contradicen la misericordia divina?

Fr. Juan: Pero Dios, además de misericordioso, es justo. No hay redención para los malvados. El trigo debe separarse de la cizaña.

Herido: ¿Negáis que un hombre pueda arrepentirse en vida de sus pecados y convertirse en un hombre nuevo?

Fr. Juan: En vida sí, en la muerte no. Tuvo su tiempo, sus horas tasadas y las desperdició.

Herido: Yo creo que a Dios todo le está permitido y nada es imposible para él.

Fr. Juan: Me alegro de que os interesen las cosas espirituales. Debemos contar siempre con la gracia de Dios. En nuestra biblioteca podéis leer libros que edificarán vuestra alma. Os recomiendo a San Agustín, gran pecador y luego gran cristiano, y *De Imitatione Christi*, de Kempis. Más tarde podéis leer los Salmos y a santa Teresa. De todos ellos sacaréis gran provecho.

(Han pasado tres meses sin que el herido recobre la memoria)

Fray Pedro: ¿Estáis aquí orando a estas horas?

Herido: Sí, hermano. Siento que mi accidente ha sido la caída del caballo de san Pablo. Yo nunca perseguí a Cristo, pues nunca lo conocí. Pero creo en él, su amor me ha transformado.

Fray Pedro: Los caminos de Dios son inescrutables. Él ha abierto vuestro corazón.

Herido: Quisiera arrepentirme de mis pecados pasados, pero ¿puede hacerlo quien no tiene ningún pasado? ¿Yo debo salir fiador de aquel hombre que no conozco y que ya no es ni está en mí? Yo me siento un hombre distinto, y ni siquiera puedo decir distinto pues no sé quién fui.

Fray Pedro: Pues aunque hubieses sido el mayor pecador del mundo, si tu arrepentimiento y tu conversión son sinceras, si lloras lágrimas de sangre y suplicas humildemente el perdón divino, “¿no te dirá Jesús: ve y no peques más?”. ¿Son jueces los hombres por encima de Dios? ¿Tiene Dios su misma vara de medida?

Herido: Hermano, quisiera haceros una pregunta: ¿puedo hacerme yo novicio y compartir vuestra vida? Quiero seguir vuestro ejemplo, que tomáis

ejemplo de nuestro Señor Jesucristo. Quiero configurarme a Él, tomar cada día la Eucaristía, el pan de vida eterna. Orar por todos los hombres. No conocí a mis padres, No sé si tengo esposa, hijos, hermanos, amigos. Pero tengo la fe y la esperanza de que en la otra vida los conoceré y seremos felices junto al Padre.

(A la mañana siguiente)

Fray Santiago: Hacéis mala cara. ¿Qué os ha pasado? Se diría que se os ha aparecido el mismo diablo.

Herido: He tenido una horrible pesadilla. Soñé que un hombre pronunciaba un discurso a gritos. Sus palabras estaban llenas de odio. Apenas las escuchaba, se disolvían en el silencio. Tan sólo se repetía siempre una palabra: judíos, judíos...

Fray Santiago: ¿Como Jesús?

Herido: Y una muchedumbre gritaba enardecida, con el brazo en alto y muchos militares tenían una extraña cruz en sus brazos. No era nuestra cruz. Y el hombre gritaba, gritaba. No veía bien su rostro, solamente su voz resonaba en el sueño.

Fray Santiago: Terrible fue tu sueño.

Herido: Y muchos hombres famélicos, con los ojos hundidos, esqueletos andantes con sucios uniformes, caminaban cabizbajos como ovejas al matadero. Y veía unas columnas de humo gris como aquella nube que guió a Moisés en el desierto. Y el aire apestaba a muerto.

Fray Santiago: Esas pesadillas son cosa del diablo. Duerme, encomiéndate a Dios. Mañana las habrás olvidado.

(Al día siguiente)

Fray Santiago: Buenos días. ¿Cómo habéis dormido hoy? ¿Han desaparecido vuestras tinieblas?

Herido: ¡Dios mío! Señor, ten piedad de mí. Ese hombre se hizo cada vez más visible entre la niebla. Sus ojos, su nariz, sus labios, su bigote, cada vez su rostro iba siendo mi rostro. ¡Aquel monstruo era yo mismo! Ese lobo sanguinario es el mismo que ha vivido entre vosotros. El lobo pastaba con las ovejas.

(El herido se va llorando a su celda)

Fray Juan: Corred, seguid detrás de él.

Fray Pedro: La puerta está cerrada con llave. Empujad.

Fray Santiago: Tirémosla abajo.

(La puerta cede y entran todos los monjes.

En una viga el herido está muerto ahorcado)

Fray Pedro: ¡Santo Dios! Allí sobre la mesa hay un papel. Mirad qué dice.

Fray Juan: Perdón.

Pablo Galindo Arlés

16 de febrero de 2021